



Torreblanca, el apasionado

UNA MUJER hermosa y fría, tal vez caprichosa, regalona, en la edad en que de la vida parten muchas caminos, figura en la historia de poetas y de héroes de Rafael Torreblanca Dolores, el apasionado. Obedeció esta vida mujer, a quien la vida obligó a equivocarse, al nombre de Clementina.

Torreblanca era un simpático muchacho; emprendedor y varón. Como rito de familia patriótica; poeta de temperamento y capax de todas las bizarrías. La historia no guarda sus intimidades, pero de sus versos titulados "Adios" se desprende que la patria lo llevó a las filas; pero a la tenacidad y la muerte, la tristeza por la indiferencia y por el desamor de Clementina.

En este poeta el héroe preferido de los copiapinos. Es su romance con el que se identifican todos los muchachos, víctimas de desprecios injustos; el que ha echado hondas raíces en la juventud que vive en el romance y es tributaria del amor, que no es sino la expresión más alta del romance.

Torreblanca se alistó en el 1er. Atacama formado por don Guillermo Matta y marchó al norte a las órdenes del Comandante Juan Martínez.

Infatigable en las marchas, supo vencer el desierto, desahogar la ametralladora y sonreír. Tal vez pensaba que así como dominaba la guerra, podría hacerlo con el corazón de la mujer indiferente que quedaba en Copiapó. El claró el tricolor chileno primero que nadie en Pangua, Dolores y Los Angeles. Era como un torrente. Nada podía detenerlo. Las balas parecían respetarlo. Era como un Dios corriendo, espada en mano, entre el humo y las granizadas de plomo, saltando fosas y trincheras, sortando minas y escapando al alarido de la muerte. Pero sus días —que no su gloria— estaban contados.

En Tacna un certero plomo arrancó la flor roja de su vida y lo dejó fuerte de cara al cielo. Se fue en el momento que llegaba la victoria. Allí quedó como una brazada de anhelo hollada por una crueldad; como una esperanza que cae al dar un desesperado salto para alcanzar el cielo.

¿Y Clementina? Quien sabe si en ese mismo instante sintió un dolor desconocido en el corazón y un ardor de lágrimas en los ojos. Es posible que algo presintiera, pues la mujer es más sutil que una tensa cuerda de violín.

He aquí los versos del romántico guerrero, hijo de los buenos tiempos de Copiapó y florón de su tradición:

Incubo misterioso del amor,
que habitas entre lúes ocultos,
en lugar de los rayos he sentido
temblores en mi pecho popular.

Voy a partir, el dedo del destino
me senala talvez en tonantana,
un remoto sendero de esperanza
que conduzca a los gradas de tu altar.

Voy a buscar en medio de la guerra,
entre el humo sangriento del combate,
una bala piadosa que me mate
o algún rayo de luz para mi sen.

Un rayo que, alumbrando mi existencia
me permita llegar hasta tu lado,
de triunfantes laureles coronado
para ponerte todos a tus pies.

Cuando suene el clarín de la batalla
hasta Clementina, tu memoria
para lanzarme en pos de la victoria
con activo y osado corazón.

Y si el plomo enemigo me derriba
tu nombre solo, fulgido incenso,
brutará de los labios del guerrero
como el postrero y eterno adios.

Mil veces por dichoso me daría
si al tomar el fusil de la mañana,
una sola palabra de esperanza
pudiera de tus labios arrancar.

Y si caigo y derramas una lágrima
por la memoria pálida del muerto,
mis arenas mullentes del desierto
conocerán mis restos sentirán.

Cuando hece la brisa tu mejilla
y jugando en tu rubia cabellera
a tu oído murmure placentera
vagas frases de goce y de amor.

Entonces ¡ay! recuerda que te adora
mas que a su vida, un misero soldado
que cede, al separarse de tu lado,
en estas líneas su postrer ADIOS.

Seguramente el joven soldado, antes de partir, entregó —escritos con su mejor letra— estos versos a su amada y quiso demandar una última esperanza. Sin duda el quiso un beso que no obtuvo.

El caso es que cayó en la mitad de su carrera y a medio de la gloria. Ella dio su mano a otro.

Dicen que después, al verse abandonada por su esposo y perseguida por el recuerdo del soldado, la linda Clementina cayó desde una catarata de lágrimas al estado que supo serle propio, que supo ser su último y mejor hecho.

Ella también es una flor del romance atacameño.

A. ACEVEDO HERNANDEZ

Torreblanca, el apasionado [artículo] A. Acevedo Hernández.

Libros y documentos

AUTORÍA

Acevedo Hernández, A.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Torreblanca, el apasionado [artículo] A. Acevedo Hernández.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile